

Páginas secretas de una vida privada

El apóstol

Temo que los lectores no sepan que el comentarista, antes que comentarista, violinista de bailongo, agente de clubes de vestidos, viajero comercial por las capitales de provincias y por el interior, empleado de periódico, anunciador de radio y campeón de las 100 yardas en el Liceo, fue apóstol. A simple vista, parece que la afirmación se sale de las normas más elementales de la veracidad estricta, a que está sometido el que tiene contacto con el público por la vía de las letras de molde, pero es solamente a simple vista. Porque si nos tomamos la molestia de leer lo que escribiremos a continuación, se caerá bien pronto en la cuenta de que, aún pareciendo un suceso rayano con el delirante embuste, es tan histórico como lo son: el diluvio, la invención del agua tibia, la parada del sol por Josue, el gol que le regalaron al "Aurora" en Guatemala, y la existencia de los "Ovni" (objetos voladores no identificados).

Corría, quizás, el año de gracia del 11. Es decir, y "para ser exactos", el que siguió a aquel de desgracia en que la patria vino a sufrir el severo drama de la destrucción de Cartago. El comentarista tenía, por aquellos rumbos del tiempo, unos 7 años bastante mal aprovechados. Era un "fifiriche" de poco peso, no muy rumbosa estatura, pelo lacio, ojos de ratón con tendencias al estilo "chino", desangelado y con muy poco porvenir, cosa que se vio después, ya en una forma perfectamente demostrada. La única habilidad que mostraba desde pocos años antes, bastante acusadora, era la de soltar unos sílabos de carretonero que aturdirían al que, por desgracia, estuviera cerca. Cuenta don Rafael González, (hoy un caballero de mucho valimiento y ponderación, que me conoció cuando era él un mozalbeta, al que cariñosamente le llamaban los amigos y familiares "Rafaelillo"), el hecho histórico de verme sentado en el dintel de la puerta de mi casa, (donde actualmente está hoy "Sercovia"), y al pasar, incitarme a soltar uno de mis favoritos chillidos. Todo parecía indicar que aquel niño de 4 años era en potencia un policía del tránsito, de esos que debajo de un semáforo se ponen a aturdir ahora a la concurrencia con unos pitazos de más, que es un gusto. Fuera de su honorable condición de entretenerse con una carrucha y un hilo dentro de un cuarto, por horas y horas, el niño no presentaba ningún otro carácter digno de hacer mención. Fue entonces cuando, cumplidos los 7, a una distinguida dama se le atravesó en la mente la idea de que el comentarista podía "salir" de apóstol en la próxima Semana Santa que se avecinaba, al mismo paso, importancia y ritmo, que ocurre ahora. Aunque para mis padres la escogencia no tenía explicación posible, habida cuenta de que en las estampas religiosas siempre los apóstoles muestran hermosos atributos de belleza de los que tan faltos estaba su hijo, aceptaron los ruegos de la distinguida dama que insistía, noblemente, dada la penuria de jóvenes disponibles para el delicado rol en las funciones religiosas. Por mi parte, sería engañarlos, si no les confesara. después de 61 años transcurridos y que colocan al comentarista fuera de toda responsabilidad delictiva por caducidad de la crítica, que se sintió ufano y orgulloso. Pareciera que le habían ofrecido la oportunidad de su vida.

Para un ciudadano, por mucho que se distinga por lo poco

José
Marín
Cañas



que se distingue, la oferta no carecía de inmensa atracción, pues pareciera que era el justo reconocimiento a los atributos que a simple vista brillaban por su ausencia. Desde el primer momento, me creí San Pablo. Y es bueno que explique las razones que llevaronme a hacer escogencia del revolucionario apóstol. Por aquellos tiempos, no conocía la vida de San Pablo, ni estaba enterado de que anduvo por los cerros de Córdoba, ni que se le achacaba la frase, perfectamente actual en el mundo moderno de "el que no trabaja no come", todo lo cual fue del dominio del comentarista cuando ya era viejo; no fueron esas las que gravitaron en la escogencia que hizo de creerse San Pablo. Al joven y novato apóstol, le parecía excesivo creer que su papel era la reencarnación de San Pedro, ni siquiera el del Moisés, pues por orden de importancia, se citaban los nombres San Pedro y San Pablo, —en alguna oración de entonces que al comentarista se le fue de la memoria hace ya tiempo, y cuando comenzaron sus inhibiciones por precario riego del cerebro —y por ese orden pensó, debía ser la importancia de ambos. Se conoce que el joven apóstol, aparte de ser revejido, menguado de estatura y de pelo lacio, poseía una modestia de aspiraciones, como "luego, luego" se pudo comprobar, —ya en la vida mortal que finiquita con la muerte—.

Llegó el día, porque todo llega. Durante los anteriores, en mi casa no se hablaba nada más que de la túnica, el cayado, el camisón en el que debía ir envuelto, del sostén de las puntas de la túnica, guindadas de un hombro; de la calidad de la tela, que era carísima, de los cuatro hombres que alzarían mi anda, y muchos otros pormenores, de los cuales el más difícil, fue conseguir en el mercado las sandalias.

Confieso que viví días eufóricos. Dentro de mi casa, nunca tuve mayor importancia. Mi madre siempre le dió todos sus cuidados a mi padre. Nosotros —según ella— éramos una cosa secundaria. Esa manera de pensar me hizo sentir por ella, y hasta su muerte, profunda reverencia, respeto y admiración inacabables. Volví a cobrar la importancia que había tenido por un mes —un único mes—, cuando los cuatro periodos de la tifóidea; entonces, atarantado por el calenturón, me sentí el eje de la familia al ver al doctor Durán con mis padres, pendientes de la calentura, dolorosa y desgarradoramente ansiosa, bañándome en hielo para bajar los cuarenta y pico de la madrugada. Desde que había salido de aquel trance —cosa que nadie esperaba por las pocas reservas que a simple vista se podían diagnosticar— nunca volví a tener importancia, hasta cuando fui escogido para hacer, en las procesiones, el papel bíblico de San Pablo.

Desde muy temprano, la casa andaba ya en movimiento. Me bañé, aunque el agua estaba muy fría, cosa que simulaba, cuando en otros días corrientes abría la aspersión y la

dejaba correr, imitando los gritos de quien recibe la ducha, antes de inventarse los calentadores de agua, en la mera espalda.

Me peinaron con esmero por primera vez, desde hacía años, pues siempre lo tenía que hacer yo sin que nadie me ayudara con arrumacos ni exaltara mi belleza. Fui empolvado en forma que, pese a mis pocos años me avergonzó. Me pusieron grasa en los cabellos hirsutos, no fuera el viento a echar a perder mi peinado. Me encajaron el camisón, que me llegaba a los pies. La guindada de la túnica, dio más que hacer a mis padres que todo el trabajo de la casa por dos meses. Cuando se le dio fin a la "toaleta", parecía un muñeco de rifa. No obstante este imparcial criterio, no puedo negar que me encontré con muchas posibilidades. El azul oscuro de la túnica, el blanco de las mangas de encaje, el pelo echado hacia un lado, brillante y domado al fin, las puntas de las sandalias, por donde aparecían mis dedos con las uñas religiosamente recordadas, todo contribuía a hacerme creer que iba a ser el apóstol de la Semana. Me amarraron al poste de las andas. Esto del poste de las andas no estaba en mi programa. Creí que los apóstoles, por tratarse de discípulos de Jesús, no tendrían necesidad de ir sujetos a un potro para no caer. Pero bien pronto reconocí que yo era un apóstol falsificado. Pensé que era muy posible que el verdadero no necesitara poste; pues más que poste era un potro. El potro al que me amarraron se me clavó en el omoplato izquierdo, y me dejó sujeto en forma tal que apenas podía ver en un semicírculo de 180 grados. Y así me alzarón.

Uno de los hombres resultó más alto que los compañeros, y con el desnivel, el potro se clavó, con más ímpetu, en el omoplato. No dije nada, ya que se trataba de un apóstol; y emprendimos la caminata hacia la Catedral. Como en aquel tiempo no existían los autos ni las carreteras, las procesiones eran un mar humano. Miles de ojos contemplaban el desfile, cuando hora y media después se inició. Doce apóstoles, que los conté ansiosamente, formaban un bellissimo espectáculo, acompañando al Crucificado, doliente y solemne; a la Virgen, pálida como de cera, derramando abundantes lágrimas. Un Santo, que me dijeron ser San Juan. De la Verónica y la Samaritana. Un sol de Marzo, quemante e inacabable, comenzó a hacernos sudar, bajo la túnica azul, por las ingles, debajo del cabello untado de grasa. Sentía que la mano en la que empuñaba el cayado, se me humedecía; y, por toda la procesión, tuve en la mente la idea, no del sacro drama, sino de un granizado, aunque en realidad no estaba muy seguro si los apóstoles tendrían la costumbre de comer granizados en presencia del Señor.

Bien pronto descubrí que al paso de la enorme muchedumbre, los ojos de la gente, miraban hacia atrás de mí. A pesar de los esfuerzos minuciosos de buscar los ojos de la gente admirando mi túnica, mis encajes, mi peinado, mis sandalias, no pude ver a nadie que se fijara en San Pablo. Todos los ojos, unánime e invariablemente, todos los ojos, se inclinaban hacia la figura que venía detrás de mí. Comprendí que algo insólito pasaba. Cuando el "encuentro", logré localizar a mis padres, entre la muchedumbre,

que me sonreían con una mueca que parecía de alegría y de íntimo dolor. Me hicieron una seña con las manos. No contesté, por considerarlo impropio. Me agradó profundamente verlos mirándome embobados, cautivados por mi belleza, enajenados por la túnica, por los encajes, por mi apostura. "La vi", no hay la menor duda; la vi, con los ojos llenos de lágrimas. Riendo y llorando, le hablaba a mi padre, que también se mostraba enternecido. Adivinaba que mi presencia, montado en aquellas andas, borraba de pronto mis travesuras, mis desganas en la mesa, mi oposición a lavarme las orejas, a embetunar los zapatos, a no tamborilar con los pies contra las patas de la silla en la hora de la comida; sentí que olvidaban mis berrinches, mi resistencia a meterme al agua fría; las escapadas, sin permiso, para ir a leer libros de la niña María Isabel Durán, muerta como un ángel, años después. Si no fuera por lo chollado que traía el omoplato con las embestidas de la punta del potro en mi espalda, hubiera creído que estaba en el momento más feliz de mi vida.

Empecé a creer que detrás de mi venía el Crucificado, única explicación de tanta ansiedad en la mirada, en las exclamaciones, en los comentarios, en los gritos de las chiquillas que pululaban por los primeros términos de aquella multitud abigarrada, sobre la

que navegaban mis andas con San Pablo atado y maniatado. Cada tumbo, me dolía más el chollón del omoplato.

Declaro que, a pesar de la indiferencia, no me sentí marginado. Me habían mirado mis padres y ello era prueba irrefutable de mi lozanía y majestad. Si no se quedaban embobados todos los demás, sería por el Crucificado, que me debía seguir a pocos pasos atrás.

No. Lo confieso paladinamente ahora. He tenido que esperar 61 años para decirlo con valentía y sin rencor en el alma. Trás de mis andas venía otro apóstol. ¡Qué apóstol, Dios Santo! Lo vi reflejarse en las vitrinas de la "Botica Francesa", cuando nos detuvimos frente a aquellos grandes espejos desaparecidos ahora. Era gordo, rubio, con colochos que se le desmayaban sobre los hombros. La cara rosada, llena de camanances, los ojos azules; despedía salud, tal como un anuncio de "leche Nestlé". Me sentí confuso y arrepentido. Y hasta me pareció que desde ese momento, se me clavaba más el pico del potro en el chollón del omoplato.

Nunca más, después, he usado grasa en el pelo, ni me he puesto camión de seda, ni mangas de encajes, ni polvos en la cara para afeitarme. Contrito y desolado, comprendí la oscuridad de mi estrella. Jamás volví a unas andas ni a un potro.

Ni jamás —¡se los juro!— "salí" otra vez de apóstol.